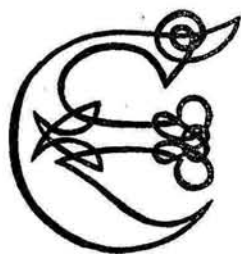


INJUSTICIA



L consejo del trono está reunido. Junto al rey, Diego Laínez, ayo de don Sancho, el heredero; el conde Per Ansúrez, ayo de los príncipes don Alfonso y don García; Arias Gonzalo, ayo de las infantas doña Urraca y doña Elvira; el conde García Ordóñez, la flor del reino, y en medio dos prelados, tres teólogos, varios legistas y jurisconsultos.

El nuncio del papa Víctor viene a pedir en nombre del emperador Enrique, que rige el Sacro Imperio germánico, que Fernando de Castilla se reconozca vasallo de Enrique, como todos los príncipes cristianos, y rinda parias como ellos y pague también tributo.

Esto pide el emperador apoyado por el Papa. Si la petición no viniera apoyada por el Romano Pontífice, el rey de Castilla y de León ni siquiera hubiera escuchado al nuncio. Pero el rey es católico, muy cristiano, y teme amenazas de penas espirituales y excomunión.

Sabido es que Roma gusta de mezclar a Dios en asuntos mundanos, que Dios detesta, y en problemas políticos, que Dios desprecia.

V. HUIDOBRO

En estos casos el Papa se hace sordo a la voz de Dios, en vano la paloma mensajera va y viene de la tierra al cielo. El Papa esgrime a Dios, pone todo el peso multiplanetario de Dios en la balanza, ¿y qué puede contrarrestar este peso? Romper la balanza.

Arde la discusión. Los timoratos y los fanáticos aconsejan al rey Fernando someterse; los lógicos y los audaces piden que salga el nuncio en el acto de sus tierras y se vuelva a Roma.

El nuncio amenaza con que el emperador Enrique tiene listo un gran ejército y que lo lanzará sobre España con el duque Raimundo de Saboya a la cabeza, además de la interdicción y otras penas con que el Papa fulminará desde Roma.

El enviado del Papa se muestra inflexible en medio de su flexibilidad italiana y entre esos castellanos recios y duros, mezcla de carnero y de león, se mueve con la soltura de un lagarto ultravioleta.

Va y viene, se escurre, se pasea, contesta a la derecha, pregunta a la izquierda. Con argucias y sutilezas marea a los castellanos y sobre todo les hipnotiza su calva de reptil eléctrico.

¿Qué hacer? ¡Ah, si no fueran creyentes, ingenuamente apostólicos! ¡Dios mío! ¡Qué amor a Dios! ¡Diablo! ¡Qué miedo al diablo!

Demos tiempo al tiempo—piensa el rey Fernando, y levantando la mano llama al silencio, y habla al nuncio:

—Monseñor, sois el enviado del Papa; vuestra misión en la tierra es hacer reinar la paz entre los príncipes cristianos y en sus dominios, y he aquí que habéis venido a sembrar la cizaña en el mío. Toda discusión es estéril; según nuestra ley, debo consultar las Cortes, y así lo haré. Esperad, pues, lo que las Cortes decidan.

MIO CID CAMPEADOR

Queda levantada la discusión.

Inútil creo decir que el rey trató de demorar lo más posible la reunión de las Cortes y luego andar lentamente dando vueltas al problema, buscando otras soluciones a ver si el nuncio se aburre y vuelve sin respuesta a Roma.